

REFLEXIONES ACERCA DEL PROCESO DE SEPARACIÓN EN LA MUJER Y SUS POSIBLES CONSECUENCIAS INTRAPSÍQUICAS, ASÍ COMO A NIVEL DE TEORIZACIÓN

Estela Hazán de Jacob y Levy

Resumen: El principal conflicto por resolver para la mujer radica en la separación de su madre. Las vicisitudes de este proceso se observan en la alta frecuencia de los trastornos depresivos y de la alimentación en la población femenina, así como en los conflictos internos experimentados a partir del embarazo y el maternaje. Se plantea como explicación de dichos conflictos, la fijación de la mujer en el aspecto de la separación, a nivel de la salida de la simbiosis y se ofrecen algunas explicaciones. Se cuestiona la postura del "monismo fálico" en el psicoanálisis, proponiendo que los procesos de separación-individuación, desarrollo de la identidad, del superyó, etc. tienen diferencias importantes entre hombres y mujeres.

Palabras clave: Separación-individuación, simbiosis Mahler, mujer, maternaje, identidad, superyó, psicoanálisis.

"El problema de toda la vida en la mujer es la separación e individuación de su propia madre.» (Pines, 1982)

Este trabajo se basa en la observación reciente de varios autores (Pines, 1982; Lerner, 1980; Michaca, 1990), de que el principal conflicto que la mujer tiene que resolver, no parece ser la envidia del pene, sino más bien, separarse de su propia madre. En un trabajo anterior (Hazán, 1990) he llegado a la conclusión de que, en el Edipo, la niña no se

separa de la madre como objeto de amor, sino que en su relación diádica con ésta, incluye a su padre, aumentándose así, a una relación tríadica.

Sería importante comenzar por definir los procesos de separación e individuación, tal como los entiende Mahler (1971): La individuación se refiere a la evolución de la autonomía intrapsíquica. La separación, es un proceso intrapsíquico que supone la diferenciación, el distanciamiento, la estructuración de fronteras y el desligamiento de la propia madre. Por tanto, el primer carril depende de los aparatos de autonomía primaria (Hartman, 1939): percepción, memoria, cognición y prueba de realidad. El segundo, depende de la relación de objeto con la madre.

La importancia de esta relación, en referencia a la mujer, fue reconocida por Freud ya en 1931 y en 1933. Para avalar la tesis que nos ocupa, se aportarán algunas evidencias, no todas ofrecidas por los autores que la sostienen:

a) Se sabe que las mujeres presentan trastornos depresivos cuando menos con el doble de frecuencia que los hombres (Titus y Smith, 1992). A este respecto, me gustaría citar a Mahler (1966) en su artículo *Notas sobre el desarrollo de disposiciones de ánimo básicas: el afecto depresivo*, quien dice que en la cuarta subfase del proceso de separación-individuación (en la de reaceramiento), se alcanza cierta "constancia objetal", definida como que "las representaciones mentales de la madre, se hacen accesibles intrapsíquicamente". En contraste, la "pérdida de un objeto", cuando éste existe en la realidad, es también intrapsíquica y "parece culminar *esta sensación o sentimiento de pérdida* y que parece poner en marcha las reacciones afectivas de desamparo, impotencia, tristeza, aflicción y depresión" (El subrayado es de la autora). Es el amor y la aceptación de la madre, incluso la aceptación de su ambivalencia en esta fase, lo que permite al yo del niño catectizar la representación de su *self* con energía neutralizada. Un déficit en el maternaje suele determinar una disminución en la autoestima del niño y la consiguiente vulnerabilidad narcisista. En los niños que exhiben "un estado de ánimo básico depresivo" no ha quedado después del periodo de dominio suficiente libido narcisista sana para catectizar a los objetos ni a los objetivos y en especial a las representaciones de su *self*. Una porción muy grande de agresión no neutralizada es absorbida por los mecanismos de

escisión y de proyección, una combinación defensiva potencialmente patológica que sirve para proteger al niño de su hostilidad (agresión) y de su temor a aniquilar al objeto de amor por sus fantasías ambivalentes mientras pugna por restablecer la unicidad con el objeto de amor. Esto, parece ocurrir con mayor frecuencia a las mujeres.

b) Titus y Smith (1992), reportan que los trastornos en la alimentación se presentan con una diferencia de 10 a 1 en las mujeres con respecto a los hombres. Berman y Roel (1991), encuentran que la ruptura prematura del vínculo simbiótico, interfiere en el desarrollo de la niña, produciéndole una permanente hambre de objeto y la deja buscando mamá perennemente. Es decir, queda fijada a la etapa de la simbiosis por la carencia experimentada. "Los fracasos en su búsqueda de un objeto bueno se manifiestan en la pre-pubertad en una retirada esquizoide o en anorexia".

c) En la clínica, encontramos referencias constantes a que los trastornos en las mujeres son muy tempranos y dependen de vicisitudes en el proceso de separación de sus madres. Quisiera proporcionar algunos ejemplos recientes y de nuestra cultura, sin embargo, se encuentran en otras culturas, pues hay autores extranjeros que sostienen la misma tesis: En un trabajo de Vives y Lartigue (1991), con el tema *Interjuego de las identificaciones durante la primera gestación*, los autores dan cuenta de diferencias significativas en la ganancia de peso entre adolescentes primigestas que contaron con apoyo terapéutico de tipo psicológico y las que no, estando todas en el caso de no contar con apoyo familiar y/o de la pareja. Explican la ganancia de peso por haber contado la adolescente con un objeto de identificación, una madre sustitutiva que la cuidó durante su embarazo, favoreciendo su propio autocuidado y la protección de sí misma y de su producto. "Cuando la primigesta no cuenta con este tipo de contención de la futura abuela y con su guía en el periodo perinatal, algo sucede que no se desarrollan plenamente las capacidades yoicas que conocemos como la *capacidad de maternaje*". Parece posible inferir que las adolescentes que no cuentan con el apoyo de su madre en un embarazo fuera del matrimonio, tampoco cuentan con una buena relación con ella. Es precisamente la posibilidad de contar con un sustituto que podría considerarse la "madre buena escindida de la mala" lo que permite a estas adolescentes salir adelante con su embarazo. Esta relación inadecuada con la madre también puede inferirse del trabajo de Pines (1991) acerca del uso consciente e inconsciente

que puede hacer la mujer de su cuerpo. Dice que puede usarse como un medio de comunicación que le permite escindirse y negar estados emocionales dolorosos; un acto sexual que aparentemente es el resultado natural de una sexualidad genital adulta, inconscientemente puede ser un medio para satisfacer anhelos pregenitales incumplidos de la madre y de ser cuidada. En su experiencia, las adolescentes que se embarcan precozmente en relaciones heterosexuales, están *"usando sus cuerpos para experimentar el contacto más primitivo entre la madre y el hijo"* [Los subrayados son míos]. Esto es lo que parece ocurrir a las adolescentes reseñadas por Vives y Lartigue.

Estos hallazgos, son consistentes con *mi* hipótesis (Hazán, 1990), de que fantasías de infidelidad en mujeres casadas, tienen un propósito similar al señalado por Pines, es decir, cumplir en la fantasía anhelos pregenitales y de ser cuidada por la madre idealizada y escindida de la mala, quien sería el amante deseado, mientras que el marido, cubriría en la fantasía, el papel de la madre mala con quien se vive.

Otro ejemplo, podría ser un trabajo de López y Wolmuth (1991), referente a la imagen corporal, la identidad sexual y los conflictos edípicos en las mujeres que desean embarazar. Dicen: "De acuerdo con el trabajo terapéutico con estos dos casos, deseamos enfatizar la tarea de la desidentificación con la imagen de la madre pre-edípica y con las identificaciones principalmente masculinas y homosexuales derivadas de la fase fálico-edípica, como aspectos importantes en el tratamiento de mujeres con dificultades para desear embarazar y tener hijos".

En el caso de la Sra. A., dicen: "La Sra. A. tiene un trastorno de la imagen corporal, del rol sexual y de sus soluciones edípicas; todo esto anclado en un trastorno de identidad debido a una identificación patológica con una madre diabética, depresiva, hipocondriaca (...) pero principalmente, tiene un profundo trastorno en sus capacidades para ser madre de un hijo, *debido a grandes fallas en la separación emocional de su propia madre*" [Los subrayados son míos].

"La Sra. B. tiene una fuerte fijación fálico edípica y una identificación homosexual al lado de una intensa liga incestuosa con su padre y su hermano; también tiene *una profunda frustración producto de la relación con una imagen interna de una madre sádica*

y rechazante, de la cual no puede escapar [Los subrayados son míos]. Esto ocasiona dificultades para asumir un rol sexual definido y también que devalúe su fertilidad, sus capacidades para embarazar y para dar a luz en forma exitosa (...)"

d) Observaciones en relación al ejercicio de la maternidad: En mi experiencia clínica, me he encontrado con un temor que presentan muchas madres y que es ser como sus propias madres al maternizar a sus hijos. Este temor se presenta justamente en el momento en que hacen una introspección (*insight*) y se encuentran con que están repitiendo con sus hijos una conducta que su madre actuó con ellas, lo que las trastorna visiblemente, ya que se trata de conductas que no toleraban en sus propias madres. Una variante de esto, es tratar de llevar a cabo, conscientemente, conductas exactamente contrarias a la que la madre tuvo para con ellas, en un intento de no ser como ella. Por ejemplo, una paciente, M., me decía "me estoy dando cuenta de que me meto en los pleitos entre mis hijos, si yo no quiero ser como mi mamá, es más, odiaba que mi mamá se metiera entre C. (su hermana) y yo, no sé por qué lo hago". Otra, S., encontró que no juega con sus hijos, conducta que no le gusta, porque siente que es importante estar con ellos, y al rastrear el por qué, encontramos que su madre tampoco lo hizo nunca con ella; descubrirlo le causó enojo y confusión, pues hace lo posible por no "cometer los mismos errores que mi madre cometió conmigo". Una tercera, A., conscientemente permite que sus hijos se vayan a dormir a su cama, porque su mamá nunca la dejaba a ella que lo hiciera, a pesar de manifestarle que tenía miedo. Es decir, actúa contrariamente a lo que hiciera su madre. Otra más, teme embarazarse, porque teme volverse como su madre, es decir, gorda, frustrada, maltratadora.

Aunque se trata de simples ejemplos y no están contextualizados dentro de un caso, o siquiera dentro de una viñeta, lo que me interesa ilustrar es que, aunque se afirma que el embarazo es una nueva etapa de crecimiento en la identificación con la madre (Vives, *et al.*, 1991), no parece que estas mujeres hayan resuelto sus problemas de separación con sus madres, más bien estos parecen exacerbarse con la maternidad. Digo esto porque, aunque aparentemente se trata de no identificarse con la madre, lo que subyace más bien son identificaciones primarias con la madre, son como ella, aunque no lo deseen. A nivel cognitivo, se perciben diferentes de la madre, saben que ésta no es parte de su yo, donde no parece quedarles claro, es a nivel experiencial: no logran separar entre su representación del

self y la representación del objeto madre. (Jacobson, 1964). Supongo que esto les ocurre en especial en referencia a la maternidad, en cuanto a la cual no cuentan con algún otro modelo de identificación, y más bien ha sido vivenciado con la madre y elaborado en el juego con las muñecas desde edades muy tempranas. Uso el término de identificación primaria para referirme al término propuesto por Freud en 1917 que se refiere a una forma de internalización inmediata y directa, no relacionada a la pérdida del objeto. Esta ocurre antes de que se dé la diferenciación entre el *self* y el objeto y, por tanto, debe distinguirse de otros modos de internalización que se dan en otros niveles de desarrollo, en los que algo, previamente experimentado como externo, deviene interno (Sandler 1960, Loewald 1962, Jacobson 1964). Esta definición estaría implicando que estas mujeres y las mencionadas anteriormente en los ejemplos, se han quedado fijadas en el aspecto de la separación, a nivel de la salida de la simbiosis.

En referencia a esta posibilidad, se han dado diversas explicaciones:

a) "Existen diferencias en la forma en que las madres se comportan con sus bebés masculinos y femeninos." (Michaca, 1990; Chodorow, 1978). Michaca dice que el proceso de la separación tiende a ser diferente en niños que en niñas, ya que, en el caso de los primeros, la madre tiende a empujarlos hacia el mundo, estableciendo roles que implican que el bebé es percibido como un otro, mientras que, en el caso de la niña, la madre favorece más la constante refusión simbiótica y desapruueba con mayor fuerza los intentos de separación de ésta. Asimismo, Chodorow revisa una serie de casos de diversos autores, desde el punto de vista de las diferencias por sexo, encontrando, sin que los autores le hayan dado importancia, que "en diferentes maneras, la prolongación de la simbiosis y la sobreidentificación narcisista son particularmente características de las relaciones tempranas entre madres e hijas." Bernstein (1982), propone que la madre experimenta a la niña como a sí misma y al niño como diferente, atando a la niña en una relación recíproca y orientando al niño a diferenciarse.

b) La madre y el padre no son la misma clase de padre, "la naturaleza y la intensidad de la relación del niño (o niña) difiere, así como el grado de exclusividad. Debido a que los niños experimentan su mundo cognoscitivo y social como continuación de sí mismos (...) su

madre, como primera figura de cuidado, no es [vivienda como] una persona separada ni tiene intereses separados (...) [y] se da en el contexto de una total dependencia para sobrevivir física y psicológicamente. Por contraste, el niño siempre se ha diferenciado de su padre y lo ha conocido como persona separada con intereses separados. Y el niño jamás ha dependido totalmente de él" (Chodorow, 1978). Por tanto, el padre no constituye una amenaza para la integridad y las fronteras yoicas. Silverman (citado por Bernstein, 1983), encontró mayor temor frente a fantasías de fusión en mujeres que en hombres o incluso en esquizofrénicos diferenciados. De lo anterior, también se desprende que, cualquier paso que la niña dé, en la etapa edípica, en dirección al padre, está basado en su relación con la madre.

c) Los niños y las niñas, utilizan diferentes defensas frente a la simbiosis (Berman y Roel, 1991). En un trabajo intitulado *Patología femenina y sociedad patriarcal*, dicen refiriéndose a nuestra cultura mexicana en general que "la madre abnegada" se entrega tanto a sus hijos porque literalmente no puede vivir sin ellos. En opinión de estas autoras, estas madres simbiotizan tanto a hombres (quienes posteriormente serán los machos), como a mujeres, sólo que cada uno de ellos utiliza defensas distintas. Los hombres se defienden de la simbiosis negándola y huyendo de la madre, las mujeres, sometiéndose y repitiéndola en una relación de pareja, en la que se coluden con el hombre y reproducen el patrón. Sin embargo, dicen refiriéndose en especial a la relación entre madre e hija, que hay dos modalidades de relación, en una se da una prolongación excesiva de la simbiosis, en la cual:

“La madre que no ha logrado manejar sus propias ansiedades de separación impide el proceso de separación-individuación de la hija. La usa inconscientemente para negar y simultáneamente para satisfacer sus propias necesidades simbióticas. La hija sólo existe para tal propósito. La madre es incapaz de espejearla y de validar su existencia porque esto supondría haber logrado conciencia de su propio *self*”.

La segunda modalidad, se refiere a la ya mencionada ruptura temprana del vínculo simbiótico. No describen ningún trato similar en la relación madre-hijo, lo que reforzaría lo que dicen Michaca (1990) y Chodorow (1978), respecto a las diferencias en cuanto a la maternización de hombres y mujeres.

d) Para adquirir su identidad, la niña debe diferenciarse de un objeto de su mismo sexo. Siguiendo a Jacobson (1964), la preocupación por los órganos genitales al principio de la etapa edípica, lleva al descubrimiento de la identidad sexual, que es un componente significativo de la identidad de la persona. La imagen corporal contribuye a la identidad sexual. Greenacre (citada por Jacobson), hablando de las diferencias entre niños y niñas, dice que la comparativa invisibilidad de los genitales, favorece la fusión entre los genitales de otros y los propios. La niña desplaza la catexia de su "feo" órgano genital a su cuerpo y los niños establecen más fácil y rápidamente su identidad sexual que las niñas, quienes necesitan más tiempo para formarse una imagen realista de su genital, para aceptarlo y, por tanto, para aceptar su identidad femenina; comenta que se dan diferentes trastornos en el sentido de la identidad en las mujeres, causados por la invisibilidad de sus órganos genitales. Jacobson se pregunta cómo es que no se desarrollan problemas de identidad más severos y más frecuentemente en las mujeres que en los hombres. Considera que esto se debe a que la identidad no se construye únicamente en base a las diferencias sexuales, sino que se da por toda clase de comparaciones en cuanto a las actividades y roles sexuales en general. Además, los adultos enfatizan las características generales masculinas y femeninas, lo que hace que la identidad sexual pronto se expanda a todo el cuerpo y a la mente. Esto se relacionaría con que el primer *self* es el corporal, (Fenichel, 1945). Jacobson, ha observado que, por la relación estrecha con la madre, las niñas pueden establecer su identidad femenina mucho antes de que se establezcan sus problemas de castración y aun si nunca logran resolverlos.

Tenemos entonces que Greenacre piensa que las niñas tardan más en establecer su identidad sexual por la invisibilidad del órgano y que eso promueve la fusión de la representación psíquica de su órgano con el de los demás, mientras que Jacobson piensa que la niña establece su identidad femenina muy temprano, muy probablemente a través de identificaciones primitivas con la madre. En un caso, la mujer tarda en establecer su identidad sexual por la fusión de su genital con el de su madre, en el otro, está dada tempranamente. De todas maneras, no parece implicarse que esta identidad se logra posteriormente a un proceso adecuado de separación-individuación. Esta explicación se ve reforzada por casos en los que se cometen errores en la atribución inicial del género y

posteriormente es necesario corregirlo. Casi todos los intentos de esta clase que se han realizado después de los tres años de edad han fracasado, reteniendo el sujeto su identidad de género inicial o convirtiéndose en alguien extremadamente confuso y ambivalente (Bleichmar 1978) Bernstein (1982), opina que la percepción de la madre de la anatomía de la niña, junto con el poder de la asignación del género y la experiencia genital difusa de la niña, impiden la separación.

e) Los cánones de salud mental que implican la adquisición de la autonomía intrapsíquica y de una identidad propia, se oponen a la femineidad (Bleichmar, 1978), es decir, a lo que se espera de una “buena esposa y madre”, quien debe vivir en función de su familia. Aquí, en cuanto a la pregunta que se hace Jacobson referente a por qué no hay más problemas de identidad en la mujer, tal vez se podría responder diciendo que la mujer en realidad no tiene necesidad de diferenciarse sexualmente de la madre y también que los conflictos de identidad de las mujeres, son socialmente más aceptados: si se dejan ordenar, si no establecen sus límites, si están muy influidas por las opiniones de los demás, etc., no es muy cuestionado y lo vemos diariamente en la clínica y fuera de ella.

Bernardez-Bonesatti (1978), dice en cuanto al sentimiento de ira en las mujeres: “En la ira, la persona automáticamente se encuentra sola, y se siente temporalmente aislada del objeto de su ira”. Michaca (1990), dice que la ira es poco tolerada en las mujeres, lo que hace que en vez de ira o enojo, expresen “pena” o “sentimiento” y que eso sea acompañado de lágrimas, vergüenza y congoja. El aspecto esencial de esta respuesta radica en “la especial dificultad de la niña para lograr un grado adecuado de separación y autonomía frente a su madre (Lerner 1980).

Después de todas estas consideraciones, se pregunta uno, cómo es que sigue habiendo posturas como la del “monismo fálico” (Chasseguet-Smirgel, 1976) en donde se conceptualiza a la mujer como una especie de negativo del hombre; por ejemplo, en el trabajo de López y Wolmuth (1991), ya mencionado, se habla de “fijaciones fálico-edípicas” en mujeres, siendo que la mujer no tiene falo, o que se generalice, desde la psicología del hombre, la adquisición de la estructura superyoica.

Parece que no se acabara de reconocer que la mujer. En la revista *Time* de enero 20 de 1992, apareció un artículo bastante bien documentado, donde se trata de explicar por qué los hombres y las mujeres son diferentes. En otros aspectos, destaca la observación del Dr. Le Vay del Salk Institute for Biological Studies de San Diego, quien encontró que una región del hipotálamo (donde se supone se controla la sexualidad y agresión entre cosas) es en promedio del doble de tamaño en hombres heterosexuales que en mujeres y homosexuales. En base a este hallazgo sugiere que una variación en los niveles de hormonas antes del nacimiento, puede marcar en forma inmutable al cerebro en desarrollo en una dirección erótica o en la otra. Asimismo, otro investigador encontró que, ante la exposición a altos niveles de hormonas administradas por amenaza de aborto, los niños reaccionan después del nacimiento como más agresivos, mientras que las niñas son más fáciles de satisfacer que los sujetos no expuestos a estos incrementos hormonales.

Saliendo del ámbito de la biología (naturaleza) y yéndonos al de la crianza, ya hablamos de las diferencias con que son tratados niños y niñas. Además, ya hablamos un poco de las experiencias subjetivas acerca del cuerpo que tienen las niñas. Esto se puede ampliar. Por ejemplo, Bernstein (1982), considera que para los hombres las experiencias en relación a sus genitales son focalizadas, visibles y medibles, mientras que para la niña son difusas, invisibles y no se pueden medir. Por otra parte, la angustia de castración, se puede explicar como temor al daño en los genitales. Bernstein considera que las fantasías de castración incrementan y no decrementan la validez de que el daño puede en efecto suceder. El entendimiento, durante el periodo edípico de que el cuerpo de la mujer es penetrado, provoca miedo agudo de daño corporal.

Mientras que la castración siempre es fantaseada, la penetración sexual, el trabajo de parto y el dar a luz, son reales. La convicción del posible daño, se une a murmuraciones entre mujeres sobre partos difíciles, penes enormes, etc. Todo esto, según esta autora, da tenacidad a la fuerza del superyó contra la excitación sexual.

En otras palabras, parece que es cada vez más necesario, elaborar teorías que den cuenta del especial y complicado desarrollo de la mujer, porque si bien estamos viendo que pareciera quedar situada en la salida de la simbiosis a nivel de desarrollo intrapsíquico,

también es cierto que las mujeres tienen conductas que denotan la existencia de un superyó. De ser cierto lo anterior, no sería posible que lo tuviera, pues para lograrlo es necesario haber abandonado las identificaciones primarias con la madre para identificarse con ella posteriormente en forma secundaria, esto es, haberla abandonado como primer objeto de amor, al padre como segundo objeto de amor e identificarse posteriormente con la madre.

De todas maneras, se ha encontrado que la mujer no tiene menor control de impulsos que el hombre (Bernstein, 1982). Gilligan (1982, citada por Titus y Smith, 1992) observó que las niñas y las mujeres, se aproximan a dilemas morales desde una perspectiva basada en valores subyacentes diferentes a los de los hombres. El modelo femenino, se basa en ética y responsabilidad, que enfatizan el concepto de equidad, de preservación de las relaciones y de la necesidad de reconocer diferencias, mientras que el modelo masculino, se basa en la moralidad de los derechos enfatizando el concepto de igualdad, sistemas de reglas y justicia.

Algunas explicaciones se han proporcionado al respecto. Parecen ser pocas y aún no haber encontrado mucho eco. Me gustaría reseñar algunas, con el propósito de enfatizar y de alentar mayor investigación al respecto.

Las identificaciones edípicas, son consideradas cruciales en el desarrollo de la personalidad adulta, ya que son formadoras del superyó, es decir de la estructura intrapsíquica que regula internamente las relaciones entre los impulsos instintivos y el yo por un lado y el mundo externo por el otro. Como ya se dijo, para las niñas, lograr este tipo de identificaciones, supone hacerlo con el mismo objeto del que están tratando de separarse e individuarse. No solamente son difíciles estas identificaciones por los conflictos que se suscitan en cuanto al miedo al abandono, la rivalidad y la agresión, todos ellos comunes tanto a niños como a niñas, sino que estas identificaciones edípicas resucitan identificaciones arcaicas en las niñas. Estas, amenazan la autonomía que la niña pueda haber logrado, mientras que la refuerzan y la consolidan en los niños pues les proporcionan el motor para acabar de separarse de sus madres. Bernstein (1982), considera que el padre puede ser un modelo de identificación secundaria para las niñas, cuando menos en algunas áreas como las intelectuales, aunque lo permitan con restricciones. A mí me parece que a

esto puede ayudar que el padre haya sido percibido como separado desde un inicio. Lax (1977), presenta tres casos de pacientes mujeres exitosas en cuanto al trabajo (aunque se lo saboteaban), provenientes de familias falocéntricas (donde se prefería al varón que a la mujer). Estas pacientes, nunca se sintieron totalmente aceptadas por la madre y aun se sintieron rechazadas, devaluando a su madre por esta razón y por ser ella misma devaluada por ser mujer. Por el padre, fueron aceptadas en forma condicionada, si cumplían sus demandas. Durante las fases preedípica y edípica, las pacientes se identificaron con una imagen devaluada de la madre, al mismo tiempo que aspiraron a ser como el padre en los aspectos valorados masculinos (laborales e intelectuales), pero no se atrevían a mostrar conductas seductoras hacia el padre, sino que desplazaron el edipo a alguna otra figura masculina. Estas pacientes desarrollaron dos sistemas de identificación escindidos uno del otro, siendo consciente la identificación con el padre (secundaria y más avanzada), e inconsciente la identificación con la madre (primaria y temprana), siendo esta última responsable de sus saboteos en el trabajo. La falta aparente de conductas seductoras hacia el padre, se explica por la profundidad del vínculo con la madre.

Lax (1990), dice que las vicisitudes de la configuración edípica dependen de los patrones preedípicos. Estos comprenden multitud de interacciones entre la hija y la madre de fusión, dependencia, conflictos de amor y odio, así como de la relación entre el padre y la madre y la hija y de las identificaciones hostiles y amorosas de esta última con la madre. Estas relaciones objetales determinan la naturaleza del edipo negativo y éste, no sólo es experimentado como peligroso por su componente erótico, sino porque adicionalmente produce ansiedad porque los deseos de fusión son fuertes y hacen peligrar la autonomía de la hija. Si, por otra parte, fallas en la maternización impiden una adecuada separación de la hija con la madre y por la necesidad de la primera de seguir dependiendo de ella, cualquier acercamiento al padre la coloca en el peligro de ser castigada por la madre. Esta autora sugiere que el papel que la madre juega en el drama edípico en relación a la hija, es equivalente al del padre en relación al hijo. La madre castra y castiga a la hija por sus acercamientos al padre, y siendo esta relación como se dijo más profunda que la relación con el padre, va a tratar de ser desplazada a otra figura. Como se ve, conflictos más actuales, provienen de una relación más arcaica con la madre.

Michaca (1990), dice que en las vicisitudes de la configuración edípica, se pueden identificar problemas que provienen de las fases de la separación-individuación y que hacen eclosión hasta ese momento, lo que Kohut (1971), llamaría un fenómeno de telescopio.

Grosman y Stewart (citados por Bernstein, 1982), consideran que la envidia del pene es como una metáfora cuyo origen es muy anterior al complejo de Edipo, ya que probablemente se remonte a la etapa oral, entendiéndose como una envidia *a la* Klein. Fast, citado por la misma autora, sostiene que lo que hay es un deseo de alcanzar un estado indiferenciado en el que se pueden cumplir anhelos de grandiosidad narcisista. En otras palabras, sería otro fenómeno de telescopio.

Es decir, que parece ser que la psicología femenina, sigue constituyendo un reto para la teorización, difícil de resolver, ya que, la mujer no se separa fácilmente de su madre; hay superyó, pero éste parece no ser una estructura firme y está tintada por experiencias narcisistas anteriores con la madre, por lo que se dan fallas en la regulación interna de la autoestima, que la lleva a ser vulnerable frente a la pérdida del objeto de amor. Por tanto, quiero terminar diciendo que creo, aunque se han ofrecido algunas explicaciones actuales acerca de la forma en que la mujer adquiere una conciencia moral que raramente le permite abandonar a sus hijos en caso de divorcio, que privilegia atender a sus hijos enfermos antes que a su trabajo y que difícilmente se permite tener una vida sexual intensa sin experimentar sentimientos de culpa; a nivel de metapsicología, aún debe emprenderse este estudio a profundidad.

Bibliografía

- Berman, R. y Roel, G. (1991) *Patología femenina y sociedad patriarcal*. Trabajo presentado en junta clínica el 13 de noviembre de 1991 en la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A.C.
- Bernardez-Bonesatti, T. (1978) Women and anger: Conflicts with aggression in contemporary woman. *Journal. Am. Med. Wom. Assoc.*, 33 (5): 215-219.
- Bernstein, D. (1983) The female superego: a different perspective. *Int. J. Psycho-Anal.*, 64: 187-201.

- Bleichmar, E. D. (1985) *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. España: ADOTRAF.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1976) Freud and the female sexuality: The consideration of some blind spots in the exploration of the "Dark Continent". *Int. J. Psycho-Anal.* 57: 275-286.
- Chodorow, N. (1978) *The reproduction of mothering, Psychoanalysis and the sociology of gender*. U.S.A.: University of California Press.
- Fenichel, O. (1945) *Teoría general de las neurosis*. España: Paidós, 1982.
- Freud, S. (1917) Duelo y melancolía. *Obras Completas, 14*. Argentina: Amorrortu Ed., 1976.
- (1931) Sobre la sexualidad femenina. O. C., 21.
- (1933) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33ava. conferencia: La feminidad. O. C., 22.
- Hazán, E. (1990) Fantasías de infidelidad: ¿Novela de la paciente pre-estructural? En *Memorias del simposium "El psicoanálisis en un mundo en transición"*. Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica.
- Hartman, H. (1939) *Ego psychology and the problem of the adaptation*. New York: International Universities Press, 1958.
- Jacobson, E. (1964) *The self and the object world*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1971) *The analysis of the self*. New York: International Universities Press.
- Lax, R. (1977) The role of internalization in the development of certain aspects of female masochism: Ego psychological considerations. *Int. J. Psycho-Anal.*, 58: 289--300.
- (1990) *A variation on Freud's theme in "A child is being beaten" mother's role. Some implications in superego development in women*. Trabajo presentado en la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica. Nov. 1990.
- Lerner, H. (1980) Internal prohibitions against female anger. *American Journal of Psychoanalysis*, 40: 2.
- Loewald, H. W. (1962) Internalization, separation, mourning, and the superego. *Psychoanalytic Quarterly*, 31: 483-504.
- López, N. L. y Wolmuth, R. (1991) *Imagen corporal, identidad sexual y conflictos edípicos en mujeres que desean embarazar*. Simposium "Embarazo, aborto y maternidad". Universidad Iberoamericana, diciembre 9 a 11 de 1991.

- Mahler, M. (1971) Estudio del proceso de separación-individuación y su posible aplicación a los fenómenos fronterizos en la situación psicoanalítica. En *Estudios 2. Separación-Individuación*. Argentina: Paidós, pp. 127-140.
- (1966) Notas sobre el desarrollo de disposiciones de ánimo básicas: El afecto depresivo. En *Estudios 2. Separación-Individuación*. Argentina: Paidós, pp. 50-61.
- Michaca, P. (1990) Psicoterapia y sexo: Del Edipo a la separación. En *Memorias del simposium "El Psicoanálisis en un Mundo en Transición"*. Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica.
- Nash, M. (1992) Sizing up the sexes. *Time International*, January, 20, 1992.
- Pines, D. (1991) El uso inconsciente del cuerpo en la mujer: Una perspectiva psicoanalítica. Simposium "Embarazo, aborto y maternidad". Universidad Iberoamericana, diciembre 9 a 11 de 1991.
- (1982) The relevance of early psychic development to pregnancy and abortion. *Int. J. Psychoanal*, 63: 311-319.
- Sandler, J. (1960) On the concept of the superego. *Psychoanalytic Study of the Child*, 15: 12S-162.
- Titus, M. A. y Smith, W. H. (1992) Contemporary issues in the psychotherapy of women. *Bulletin of the Menninger Clinic*, 56: 48-61.
- Vives, J. y Lartigue, T. (1991) *Interjuego de las identificaciones durante la primera gestación*. Simposium "Embarazo, aborto y maternidad". Universidad Iberoamericana, diciembre 9 a 11 de 1991.
- Vives, J., Lartigue, T., Arnaldo, L., López-Duplán, A. Padrón, A. L. y Zapata, M. (1991) *Vicisitudes en la estructuración del vínculo materno-infantil durante la gestación*. Simposium "Embarazo, aborto y maternidad". Universidad Iberoamericana, diciembre 9 a 11 de 1991.

ampiep